

Proximo Café Hablante : en septiembre ; en los jueves !..

Índice

1) Viñeta a comentar: abuelo.....	1
2) Chistes.....	1
3) “Historia de un Perro llamado Leal”: nueve.....	2
4) “Historia de un Perro llamado Leal”: diez.....	3

1) Viñeta a comentar: abuelo

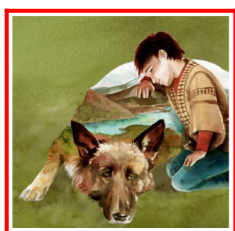


2) Chistes

- Un roedor se presenta a una entrevista de trabajo. De entrada, el director le explica:
 —Quisiera una persona rápida, despierta y con muchas ganas de trabajar.
 Y el candidato le responde:
 —De acuerdo, si me contrata, ¡le echaré una mano para encontrarla!
- Estamos en pleno campo, en un prado lleno de vacas pastando. Unos operarios están instalando cables de alta tensión en unas torres. Una rata bastante boba pasa por allí con unas amigas, se detiene y se echa a reír de golpe, al igual que sus compañeras.
 —¿Se puede saber de qué os estáis riendo? —preguntan los operarios.
 —Veréis —responde la primera—, ¡es que si hacéis el cercado eléctrico así de alto, se os escaparán todas las vacas!
- Dos avestruces se encuentran un DVD y uno de ellos lo engulle sin pestañear.
 —¿Qué tal estaba? —pregunta el otro avestruz.
 —¡Bah, estaba mucho mejor el libro!
- Apenas han transcurrido unos días desde que el señor y la señora Pérez han regresado de sus vacaciones, y cuando suena el despertador, el soñoliento marido le pregunta a la esposa:
 —¿Sabes cuál es la peor parte de la jornada?

- ¿Cuando te despiertas? —aventura ella.
- No, ¡la peor parte es la que va desde que me levanto hasta que vuelvo a acostarme!
5. Luis llega tarde al colegio y la profesora lo regaña:
—¡Luis, ya es la quinta vez que llegas tarde esta semana! ¿Qué crees que tengo que pensar?
—¡Que es viernes, señorita!
6. El director de una empresa convoca a un empleado a su despacho porque ha llegado tarde.
—Señor Ratoní, ¿cómo es que llega a estas horas? Y el empleado le responde:
—Señor director, he hecho lo que me dijo: ¡me he leído el periódico en casa y no en la oficina!
7. Un paciente se queja al médico:
—Doctor, me parece que se ha equivocado... Yo le pedí que me recetara algo para los picores y usted me ha prescrito un reconstituyente.
Y el doctor le responde:
—¡En efecto, para que pueda rascarse con energía!
8. Un médico atiende a un paciente en la sala de urgencias de un hospital y le pregunta:
—¿Es usted el árbitro que se ha tragado un silbato?
Y el paciente le responde:
—¡Piiiiiiiiiiiiiii!
9. ¿Cuál es el colmo de un asesino?
¡No saber cómo matar el tiempo!
10. Una pequeña tortuga está subiendo los peldaños de un jardín, uno al día. Cuando ya lleva sesenta peldaños, tropieza y cae rodando. Al llegar abajo exclama:
—¡Esto es lo que pasa cuando se va con prisas!

3) "Historia de un Perro llamado Leal": nueve



Aylla / Nueve

Glossario Machupe



Aukamañ se guarece de la lluvia bajo un árbol caído. Ha colocado encima unas hojas de nalca, pero aun así el agua de la lluvia se cuela y lo moja.

Me acerco lentamente para que no vea en mí una amenaza, para que no piense que soy un mandado de los wingkas, para que me reconozca.

Alarmado, el joven se pone de rodillas y en su mano brilla un puñal. No huele a miedo, conozco ese repugnante olor, y me acerco hasta que baja la mano que empuña el arma.

—¡Afmau! —exclama Aukamañ y me abraza.

Por toda respuesta lamo su rostro y siento el sabor salado de sus lágrimas.

Me aprieta entre sus brazos y, en la lejana lengua de la Gente de la Tierra, me dice que nunca me olvidó, que siempre supo que algún día volvería.

Es mi peñi, mi hermano. Soy su peñi, su hermano. Aukamañ toca mi vientre, palpa mi hambre, de la bolsa de lana tejida con los colores del valor y la nobleza saca harina tostada, con el agua pura de la lluvia mezcla una papilla y, haciendo de sus manos un cuenco, me da de comer. Antes de saciar mi hambre agradezco al ngünemapu ese alimento que primero fue espiga, luego grano que unas manos tostaron y molieron.

Aukamañ no deja de abrazarme, y me dice que debemos salir de ahí antes de que escampe. Habla de nosotros, de él y de mí unidos como antes, y esta vez para siempre.

En ese momento veo la sangre seca que tiene en la pierna derecha.

Él mismo se ha rasgado el pantalón y ha colocado un emplasto de musgo sobre la herida.

—No es una herida grave, Afmau. Tu ladrido consiguió que el wingka fallara al disparar —dice, y hace amago de incorporarse.

El olor de la herida me revela que pronto será atacada por püllomeñ, el moscón

azul que deja sus larvas en las heridas de hombres y animales. Cuando el moscón ataca, provoca fiebre e infección. Sé que debo hacer algo y apoyo mis dos patas delanteras en su pecho y empujo para evitar que se ponga de pie.



—¿Qué haces, Afmau? Tenemos que salir de aquí mientras dure la tormenta —dice sorprendido, mas yo no cese de empujar con mis patas para que permanezca como está.

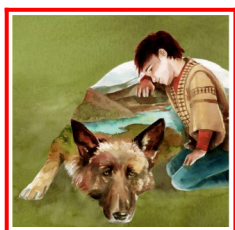
Aukamañ me mira a los ojos. Hay confianza en su mirada, sabe que no lo abandonaré y que en mi cabeza de perro hay una idea que sólo puedo explicar con gestos y movimientos, porque, en el comienzo de los tiempos, el ngünemapu dispuso que los animales y los hombres no se entendieran hablando, sino a través de los sentimientos expresados con la forma de mirar. ¿Quién no advierte la tristeza en los ojos de kawell, el caballo, que luego de ser domado todavía siente su pérdida de libertad bajo los cascos? ¿Quién no percibe la pesadumbre en la mirada de mansum, el buey, atado al yugo y alejado de la pradera? ¿Quién no percibe su pequeñez al mirar las pupilas de mañke, el cóndor, soberano del cielo más alto?

Mantengo la mirada fija en los ojos abiertos de mi peñi, mi hermano, que brillan como dos luces negras bajo la vicha tejida con los colores del valor y la nobleza, el adorno del longko, del que más sabe, del que enseña y aconseja.

—Está bien, Afmau. Aquí me quedo —dice Aukamañ, y yo emprendo el regreso hacia el río, hacia el lugar donde la manada de wingkas dejó cosas que no podía cargar.

Sigue lloviendo y me alegro de que así sea. Que tralkan, el trueno, toque su tambor terrible, pues la tormenta no asusta al que creció entre la Gente de la Tierra.

4) “Historia de un Perro llamado Leal”: diez



Mari / Diez



La manada de wingkas ha dejado varias bolsas cubiertas con las capas de hule que usan para protegerse de la lluvia. Comienzo a desgarrarlas con las patas y los colmillos, encuentro botellas del agua turbia que los torna brutales, pan húmedo, munición para sus armas de matar. Sigo desgarrando, rompiendo bolsas hasta que

finalmente doy con la caja adornada con una línea vertical cruzada por otra horizontal.

La levanto sujeta entre los dientes, no pesa demasiado y podré llevarla sin mayor esfuerzo, pero antes de regresar hasta el lugar donde Aukamañ me espera destrozo todas las bolsas.

Sé que la lluvia arruinará los pertrechos de la manada de wingkas, que eso les causará una ira enorme y provocará que se odien unos a otros; y para que el daño sea mayor llevo hasta el río una a una las botellas del agua turbia que los torna brutales. Sin esa agua turbia y sin pertrechos tendrán que largarse, y yo guiaré a Aukamañ hasta el país de los pewenche, que curarán su herida.

Pienso en eso mientras la euforia con que destrozo hace que me descuide, y cuando mis orejas captan la presencia de los wingkas, ya es demasiado tarde.

—¡Maldito perro! —grita uno de ellos.

Son dos, nadie los sigue. Uno se apoya en su arma de matar, pues se ha dañado un pie y apenas se sostiene. El otro levanta su arma de matar y yo me abalanzo encima de él.

El disparo produce un ruido tan poderoso como el rugido de tralkan, el trueno, yo siento un golpe atroz en el pecho, que sin embargo no me detiene, y mis dos patas delanteras chocan con el wingka, que se cae al río, pierde su arma de matar y echa a correr por la orilla. Entonces siento un profundo dolor que me derriba, y la sangre que mana de mi pecho se une al agua que baña los guijarros.

El otro wingka también ha huido. Lo veo alejarse cojeando, descargando el peso en su arma de matar, que se hunde en el lodo de la orilla.

Una voz que me reclama desde un lugar que mis orejas no pueden precisar me ordena que olvide a los wingkas, que me levante y agarre entre los dientes la caja marcada con una línea vertical cruzada por otra horizontal, y vaya hasta el refugio de Aukamañ.

Tal vez sea la voz de lemu, el bosque protector. Tal vez sea la voz del ngünemapu recordándome que me llamo Afmau —leal y fiel— y que debo ser digno del nombre que me dio la Gente de la Tierra.

Al cruzar el río, el agua fría hace menos dolorosa la herida, y al llegar a la otra orilla, de mi pecho sigue cayendo gota a gota el tiempo que me queda de vida.



Glossario Machupe

Corro entre los árboles, que parecen apartarse para abrirme un sendero. El ngünemapu ordena a añpe, el suave helecho, que me limpie al pasar la herida del pecho; a wemul, el cervatillo, que me de ánimos con su dulce mirada; y a rere, el pájaro carpintero, que mande un mensaje de esperanza hasta el refugio de Aukamañ.

Corro. No siento mis patas al tocar el suelo. No sé si el aire entra por mi nariz, no sé si mis ojos ven algo más que el verde del bosque, hasta que ya sin fuerzas caigo y escucho la voz de Aukamañ.

—¡Afmau! —exclama abrazándome, y yo suelto la caja adornada con una línea vertical cruzada por otra horizontal. Me envuelve un dulce aroma a lana y con los ojos semicerrados distingo los colores de la nobleza y el valor del poncho que me cubre. Ya no siento dolor, pues Aukamañ ha abierto la caja y ha sacado de ella un polvo blanco que echa sobre su herida, la cubre enseguida con una tela blanca que enrolla a su pierna, y es como si al hacerlo hubiera curado mi propia herida.

El aire se detiene lentamente y no necesita entrar en mis pulmones. Aukamañ me acaricia, en la dulce lengua de la Gente de la Tierra me dice que soy su peñi, su hermano llamado Afmau, leal y fiel, y me habla de los días lejanos cuando no éramos más que un pichiche y un pichitrewa creciendo al amparo del río y del bosque.

Una gran paz me llena y desde el fondo de mi ser oigo la voz del ngünemapu, que es la misma voz del anciano Wenchulaf, me dice que es el momento de emprender el gran viaje, pero que antes de dar el primer paso escuche por última vez la voz de mi peñi, de mi hermano mapuche.

Aukamañ me toma en sus brazos y dice: «Marichiweu peñi, diez veces venceremos, hermano», que es la forma que tiene la Gente de la Tierra de despedirse, sin decir jamás adiós.

Yo soy Afmau, el recuerdo de un perro, y mi historia se cuenta en las rukas de la Wallmapu, cuando la niebla del sur del mundo oculta el país de los mapuche, la Gente de la Tierra.

Gijón, julio de 2015. Llitun ül wilki küyen, mes en que comienza el canto del zorzal y segundo mes del calendario mapuche.

Buenas vacaciones tod@s...

